de la mañana de ese mismo día 3, el doctor Manuel Amador Guerrero, animado ya con las promesas del coronel J. R. Shaler de obstaculizar el traslado del batallón *Tiradores* a la ciudad de Panamá... se dirigió a la residencia del general Domingo Díaz —situada en esa época en la plaza de Herrera— quien como jefe que fue de una de las últimas revoluciones en el Istmo de Panamá conservaba cierto prestigio en el pueblo liberal, y gozaba de muchísimas simpatías, además, por su carácter campechano y sus cualidades de hombre generoso y bueno, con el fin de conferenciar con él; pero en la misma residencia del general Díaz, de labios de la esposa de éste, doña Elisia Arosemena de Díaz, supo que había salido con dirección al establecimiento de los señores Ehrman & Cía., banqueros en esa época de esta localidad».[10]

Amador se dirigió a la dirección indicada, «y al verlo lo llamó a un lado y le preguntó si estaba enterado del movimiento separatista, a lo que contestó el general Díaz que había sido informado ampliamente el día anterior por don Eduardo Icaza a quien había ofrecido sus servicios, y que se ratificaba en tal ofrecimiento».

A continuación, Ortega revela un curioso aspecto de la movilización popular:

«El general Díaz ofreció ponerse a la cabeza del pueblo panameño, y de una vez —sin perder tiempo— se dirigió a la barbería del señor Juan A. Rodríguez, que estaba en la casa perteneciente al doctor Carlos A. Cooke... la que bien pronto quedó convertida en cuartel general de donde salieron innumerables comisiones con el fin de preparar al pueblo diciéndoles a todos que se trataba de un movimiento liberal para adueñarse del poder.

«Este ardid no significó, absolutamente, que la idea de independencia no hubiera podido entusiasmar al pueblo, ya que bien sabido es lo vieja que era ella entre los hijos del Istmo. Se usó porque a raíz del desastre de la última revolución liberal, en la que perecieron centenares de panameños bien conocidos, se mantenía vivo el deseo de la revancha; y porque, además, era difícil hacer creer al pueblo, y a cual-

quiera que no hubiera estado en el secreto de lo que pasaba, en esos momentos, la posibilidad de independizar el Istmo del resto de la República de Colombia».[11]

•

Alrededor de la once de la mañana el general Tovar arribó a la estación ferroviaria capitalina, donde le esperaban el gobernador del departamento, el istmeño José Domingo de Obaldía, acompañado de varios funcionarios, y parte del batallón *Colombia* comandado por el general Huertas. Luego fue homenajeado en el Palacio de Gobierno, hizo una rápida visita al Cuartel de Chiriquí, y finalmente se dirigió al edificio destinado para su alojamiento situado en la esquina de la Avenida Norte y calle Cuarta.

A la una de la tarde Tovar regresó al Cuartel de Chiriquí, donde pasó revista a la tropa. También le pidió a Huertas acercarse a observar desde el paseo de Las Bóvedas la flotilla de los vapores *Boyacá, Bogotá, Almirante Padilla* y *Chucuito* anclados en la bahía. Satisfecho, Tovar regresó a su alojamiento. Sin embargo, comenzó a escuchar rumores de algunos vecinos de San Felipe acerca de que algo raro estaba ocurriendo en la ciudad...

«Unos minutos después de haber salido del cuartel los generales —recuerda Huertas— se presentaron mis amigos *Ossita* [Enrique de la Ossa] y Antonio Alberto Valdés, diciéndome que había mucho miedo en toda la ciudad, que todo el comercio estaba cerrando, pero que habían visto al general Domingo Díaz y a su hermano don Pedro, en movimiento y que ellos venían con el fin de que los armara, porque querían estar listos, si se presentaba la hora. Les di las gracias y les dije que se retiraran, pero que procuraran verme un poco más tarde».[12]

Alrededor de esa misma hora —según Ortega— Amador se reunía en la residencia de Pedro Antonio Díaz (hermano de don Domingo) con Carlos Clement, Generoso de Obaldía y Antonio Díaz Gutié-

rrez, quienes tenían la misión de ayudar a congregar más tarde al pueblo en la plaza de Santa Ana, «y conducirlo posteriormente al Cuartel de Chiriquí con el fin de recibir las armas necesarias para la defensa de la plaza y el mantenimiento del orden público en la ciudad».

A las cinco de la tarde por tercera vez el generalísimo Tovar se presentó al cuartel para preguntar a Huertas si sabía lo que estaba pasando; poco después llegaron los generales Ramón G. Amaya, Joaquín Caicedo Albán, José N. Tovar y Ángel M. Tovar, sobrinos éstos últimos del generalísimo. Y luego de varios minutos de tenso diálogo, Huertas logró alejarse del grupo y ordenó al capitán Marco A. Salazar que acompañado de una escolta apresara a los jefes colombianos.

Serían las 5:45 de la tarde, «una tarde llena de sol y un cielo limpio y azul», cuando los apresados generales fueron conducidos a pie hasta el cuartel de policía, en medio del asombro de los numerosos curiosos. Inmediatamente Huertas ordenó que todas las unidades del batallón salieran para tomar posiciones estratégicas en caso de un ataque.

La movilización popular

«No habían llegado todavía los generales al cuartel policial —rememora Huertas— cuando el pueblo panameño, como en olas difíciles de contener, comenzó a avanzar, viniendo a su cabeza el general Domingo Díaz, acompañado de su hermano don Pedro, don Carlos Clement, el doctor Carlos A. Mendoza, don Harmodio Arosemena, el capitán Pedro J. de Icaza, el coronel Víctor Manuel Alvarado, don Pancho de la Ossa, don Archibaldo E. Boyd, don Carlos Constantino Arosemena, el capitán Pedro Vidal E., don Agustín Argote, don Edmundo Botello, el doctor Santiago Vidal, alias *Cuba*, y otros patriotas... ».[13]

«En esta forma comenzó el pueblo a entrar por las bocacalles que había, pero desarmado como estaba, tuvo un instante de vacilación que lo hizo retroceder y replegarse rápidamente, al observar las

guerrillas armadas que yo tenía estacionadas por todas partes. Al ver esta actitud del pueblo, ordené a la primera línea de tiradores que descansaran armas, momento que aprovechó el general Domingo Díaz, que se había quedado solo en el centro de la plaza con el capitán Pedro J. de Icaza, don Pedro Díaz y otros amigos, para adelantarse y llegando hasta mí, me estrechó en un fuerte abrazo, diciéndome:

«General Huertas, nos ha salvado. Le debemos la libertad».

A lo que repuse: «Se le debe a usted, a sus amigos y al pueblo que lo ha acompañado. El misterio de nuestras consignas ha dado resultados, general».[14]

Extraña o casualmente —o por esas cosas del destino, como dirían otros con filosófica intención— en esta histórica jornada se repetía en los mismos escenarios santaneros una movilización popular y revolucionaria similar a la de julio de 1862: Aquella inspirada por don Manuel María Díaz; ésta dirigida por su hijo Domingo. Ambas, fruto de una combinación empática y solidaria de un liberal 'blanco' de intramuros con el pueblo mulato y negro del arrabal. Ambas, de trascendentales consecuencias. Coincidencias, en suma, que indudablemente llaman la atención.

•

Pasado el momento de incertidumbre comenzó el pueblo a avanzar nuevamente. Y como Huertas sabía que tanto el pueblo como sus jefes se encontraban sin armas, les indicó que avanzaran hasta el centro de la plaza del cuartel donde ya los capitanes Clodomiro Alfonso y Luis Gil estaban depositando todo el parque que de la armería les iba entregando el capitán Ricardo Romero.

Organización de las fuerzas y las defensas

Mientras tanto, el general Díaz —que de acuerdo con Huertas se había hecho cargo desde las primeras horas de la noche de la jefatura

del cuartel de Las Monjas—, ya había comenzado en compañía del general Manuel Quintero Villarreal, de los capitanes Pedro J. de Icaza M. y Pedro Vidal E., de su hermano Pedro y del joven Guillermo Andreve, a organizar las fuerzas y las defensas, a fin de hacerle frente a cualquier ataque de parte de las tropas colombianas estacionadas en la ciudad de Colón, y evitar ser cogidos de sorpresa.

En la primera visita que Huertas hizo al general Díaz en su cuartel, decidieron designar al coronel Víctor Manuel Alvarado para jefe de la plaza durante toda la noche del 3, hasta las ocho de la mañana del día 4.

Esa noche, el general Díaz tuvo que asumir una enérgica actitud para evitar que un airado grupo de elementos del pueblo, que ya estaban armados, no hicieran pedazos al jefe de día, capitán Rafael Aranza, odiado por toda la comunidad, ya que fue uno de los que en junio de 1898 habían intervenido en el brutal castigo con palos y azotes a que fue sometido el poeta León A. Soto, por órdenes del mayor Pío Quinto Cortés.

Rodeado por el pueblo, el capitán Aranza «temblaba como si tuviera un fuerte frío de calentura» y arrodillado pedía por favor que no lo mataran. Y después de haber logrado el general Díaz que el pueblo le obedeciera y se calmara, dirigiéndose a Aranza le dijo: «Le voy a salvar la vida, capitán, para que lo martirice después su conciencia, si es que aún conserva algo de ella».[15]

Superado felizmente el desagradable incidente, Díaz y su ayudante, el coronel Guillermo Andreve, salieron más tarde en gira de inspección por toda la ciudad, regresando como a las doce de la noche al Hotel Central, en cuyo edificio había establecido su despacho la Junta Revolucionaria, y en donde se discutían a esa hora varios proyectos de defensa para el caso de que, como se esperaba, el coronel Eliseo Torres atacase la ciudad de Panamá. Díaz y Andreve se retiraron a dormir en una de las habitaciones del mismo hotel a las dos de la mañana, dando órdenes de que se les llamara a las 5:00 a.m., en la

creencia de que marcharían a esa hora en busca de Torres, lo que no llegó a suceder por no haber salido éste siquiera de Colón.

Constitución del Gobierno provisional y opinión de Huertas

«Eran las 11:30 de la noche todavía del 3 de noviembre —recuerda Huertas— cuando recibí en el cuartel la visita de mi compadre Pastor Jiménez, del general Nicanor A. de Obarrio, de 'Chale' Zachrisson, del doctor Carlos A. Mendoza, de don José Agustín Arango, de don Pedro A. Díaz, de don Harmodio Arosemena y del coronel Juan Antonio Jiménez. Todos estábamos llenos de fe en el éxito del movimiento y me informaron que en las oficinas del Gran Hotel Central se acababa de efectuar una importante reunión en la que se había escogido una Junta de Gobierno Provisional...».

A renglón seguido, Huertas enfatiza: «Al dárseme los nombres de todos los que acudieron y tomaron parte en esta reunión, pude observar que figuraban algunos de los que el día anterior se habían arrepentido de sus actividades como revolucionarios y que se escondieron porque conceptuaban que el movimiento de la independencia del Istmo había fracasado rotundamente».[16]

Pero a pesar de su íntima observación crítica, Huertas disfruta de la cordial visita:

«Como los visitantes eran todos mis amigos, llamé a mi subalterno capitán Ricardo Romero y le ordené que fuera con dos soldados a la fonda de mísia Tránsito —compañera del capitán Gil— y le dijera que me enviara una jarra de café y tortillas. Pronto regresó el capitán Romero y entre todos nos comimos el fiambre. Después mis amigos se retiraron a ocupar cada cual el puesto que se le había asignado, de manera que la independencia que acababa de obtenerse, gracias a la sagacidad, el valor y arrojo del pueblo panameño con sus jefes al frente, no fuera a morir en los primeros instantes de su existencia».[17]

Consolidación de la República y organización del Ejército

El miércoles 4 de noviembre el Concejo Municipal declaró solemnemente que los pueblos de su jurisdicción se separaban de Colombia, para formar junto con las demás poblaciones la República de Panamá. La trascendental declaración quedó plasmada en el Acta de la Independencia, redactada el día anterior por el jefe liberal Carlos A. Mendoza.

Además, el Concejo resolvió encomendar la dirección y administración de la nación a una Junta de Gobierno Provisional integrada por José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias. Acto seguido, y luego de prestar juramento, el triunvirato dio a conocer el Decreto N° 1 mediante el cual se establecieron cinco carteras con sus correspondientes ministros a la cabeza, a saber: Gobierno, Eusebio A. Morales; Relaciones Exteriores, Francisco V. de la Espriella; Justicia, Carlos A. Mendoza; Guerra y Marina, Nicanor A. de Obarrio; y Hacienda e Instrucción Pública, Nicolás Victoria J., quien se excusó de aceptar el cargo, por lo que fue remplazado por Julio J. Fábrega.

Al día siguiente —luego de haber transcurrido en el puerto de Colón 48 horas de tensión e incertidumbre, de idas y venidas y nerviosas pláticas ante las amenazas del coronel Torres—, éste aceptó recibir 8.000 dólares para racionar al batallón *Tiradores* y embarcarse con él con destino a Colombia, disipándose así definitivamente la amenaza de enfrentamiento armado.

Entre tanto, en la capital de la flamante República el general Huertas dicta una «orden generalísima», mediante la cual crea el Ejército nacional dividido en tres divisiones y nombra a sus respectivos jefes: *Panamá*, comandada por el general Aníbal Gutiérrez Viana; *Colón*, por el general Domingo Díaz; y *David*.

Honroso y merecido reconocimiento para don Domingo, pero que no termina con esa designación, pues veinticuatro horas más tar-

Los jefes liberales Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, ministros de Justicia y Gobierno, respectivamente, del primer Gobierno republicano.

de Huertas lo refrenda con una emotiva carta concebida en los siguientes términos:

REPÚBLICA DE PANAMÁ
EJÉRCITO NACIONAL • COMANDANCIA EN JEFE

Panamá, 6 de noviembre de 1903.
Señor general Domingo Díaz
Comandante general de la División Colón
E.S.M.

Conseguido hasta estos momentos el éxito de nuestros anhelos separatistas, a todo lo cual tanto usted como yo hemos contribuido desinteresadamente, sin pensar siquiera en el futuro de nuestro bienestar ni en el de nuestras familias, he querido por este medio dejar constancia de su eficaz intervención y de su valiosísima ayuda a la independencia del Istmo.

Colaborando usted conmigo en un forma secreta —porque le tenía absoluta confianza— actuamos con el mayor tacto y precisión, sin tener vacilaciones de ninguna especie ni haber pedido jamás la ayuda de potencias extranjeras, porque como se lo manifesté oportunamente, yo tenía fe en el Ejército, en usted, general, y en el pueblo que sólo cumplía sus órdenes.

Manaña, cuando se escriba la historia, podemos estar seguros de que aunque pequeña la página que nos corresponda por nuestros servicios a esta República, no podrá haber nada que la manche, porque nuestra conducta ha sido clara y pura.

El momento lo creo muy oportuno, general, para unir a toda la familia panameña y para que bajemos ya de su asta la bandera de los rencores y de los odios, que nos han dejado, indudablemente, las pasadas revoluciones internas. Estoy seguro de que si actuamos así y conseguimos el concurso de todos, lograremos que esta patria se man-

tenga soberana y orgullosa en el concierto de las otras naciones del mundo, al lado de las cuales ya ha adquirido el derecho de estar, gracias a la colaboración y al patriotismo suyos y del pueblo panameño.

E. Huertas.

Un ejército cuestionado en la mira del Gobierno

El 22 de noviembre todo el Ejército se reunió en la plaza de Chiriquí con el fin de reconocer al ministro de Guerra y Marina, general Nicanor A. de Obarrio. Pasados los saludos y presentación de estilo, Tomás Arias, en representación de la Junta de Gobierno, pronunció un discurso «en que hizo máximo reconocimiento del Ejército por su conducta encomiable y leal en los sucesos del 3 de noviembre, haciéndole al mismo tiempo una serie de promesas que fueron muy bien recibidas por las Fuerzas Armadas».[18]

Al respecto, Huertas recuerda: «Las promesas que de la manera más solemne había hecho don Tomás Arias no se cumplieron, y algunos meses más tarde comenzaron las represalias contra el Ejército. Era el comienzo de una campaña incubada en la madriguera de los renegados. De esos que habían sido enemigos de la independencia del Istmo a base de nuestro Ejército y del pueblo panameño. Por ello, el general De Obarrio, amigo de toda mi estima y persona que gozaba de todos los afectos y del respeto del Ejército, renunció algún tiempo después a su cartera, manifestando que lo hacía 'porque él no se prestaba jamás para una canallada ni contra mí, ni contra el Ejército a quienes tanto debía la República'».[19]

El día 25 el general Huertas recibió una comunicación del ministro de Guerra y Marina en la que le comunicaba que el 'Cuerpo de Depósito' (es decir, el cuerpo de reserva) integrado por oficiales, sería dado de baja, pero que sus nombres se incluirían junto con sus respectivos grados en el escalafón militar. Huertas exclama: «La guerra de